

La escritora en el balneario. Emilia Pardo Bazán y Mondariz

Yolanda Pérez Sánchez

La relación de Emilia Pardo Bazán con los balnearios empieza en 1880, cuando, según afirma la escritora, una afección del hígado le llevó a pasar una temporada en Vichy, “habiendo de atravesar, para tal objeto, toda España y toda Francia” (Pardo Bazán 1919: 5), experiencia de la que surge su segunda novela, *Un viaje de novios* (1881). Uno de los balnearios españoles que visitará la escritora con mayor asiduidad es el de Mondariz, el primer gran balneario gallego y uno de los más importantes de España en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Las aguas de Mondariz, bicarbonatadas sódicas y de alta alcalinidad, eran apropiadas para tratar, entre otras enfermedades, la “diabetes sacarina”, enfermedad que padeció la escritora y que precipitaría su muerte en 1921. Es, precisamente, el tratamiento de esta dolencia lo que lleva al protagonista de su tercera novela, *El cisne de Vilamorta* (1884), a visitar un pequeño balneario orensano, inspirado en el de O Carballiño. En esta obra, la escritora se refiere a la diabetes como una enfermedad “nueva y de moda” (Doménech Montagut 2000: 153), quizá debido a las numerosas investigaciones que se ocuparon de ella en el siglo XIX y que llevarán al descubrimiento de la insulina a principios del siglo XX, dejando de lado el tratamiento indicado hasta entonces, basado en la dieta y la hidroterapia. Según refleja el “Álbum de Honor” del balneario de Mondariz, libro que recoge las firmas de sus clientes más selectos, la escritora acude por primera vez a tomar sus aguas en septiembre de 1887, cuando escribe las siguientes líneas:

“¿Quién es capaz de saber cuantas lágrimas petrificadas, cuantos pensamientos enquistados, cuantas noches de insomnio y cuantas horas de lectura disuelve la acción de estas aguas en las vísceras de la gente activa y luchadora que acude á beberlas?

Fatigados del recio combate, venimos á pedir á la Naturaleza madre y reparadora que nos dé alivio.

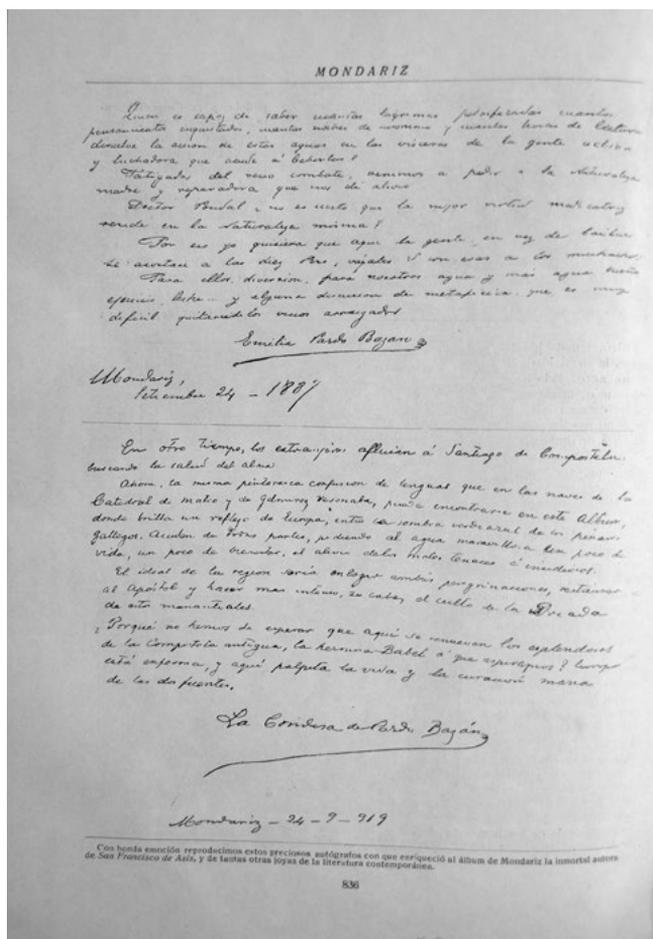
Doctor Pondal ¿no es cierto que la mejor virtud medicatriz reside en la Naturaleza misma?

Por eso yo quisiera que aquí la gente, en vez de bailar se acostara á las diez. Pero ¡váyale V. con esas a los muchachos!. Para ellos, diversión, para nosotros, agua

y más agua, sueño, ejercicio, leche... y alguna discusión de metafísica, que es muy difícil quitarse de los vicios arraigados.

Emilia Pardo Bazán

Mondariz, Septiembre 24 - 1887"



Autógrafos de Emilia Pardo Bazán no "Álbum de honor" do Balneario de Mondariz, reproducidos no núm. 43 de *Mondariz. Suplemento a La Temporada*, 20/7/1921. BRAG.

A partir de entonces, Emilia Pardo Bazán establece un vínculo personal con este lugar que durará toda su vida. La historia del balneario de Mondariz había comenzado en 1873, cuando las aguas de sus manantiales son declaradas de utilidad pública a iniciativa de sus propietarios, los hermanos Enrique y Ramón Peinador Vela. Sabino Enrique Peinador, licenciado en Medicina, profesión que ejerce hasta que se ocupa de la dirección del establecimiento, será el principal artífice de la empresa, mientras que su hermano, Gumersindo Ramón Peinador, abogado y funcionario de la Diputación de Pontevedra, se ocupa fundamentalmente de la comercialización de las aguas. Durante los meses de la temporada de aguas, Enrique Peinador residía con su familia en el balneario, y el resto del año en Madrid, desde donde promociona las aguas de Mondariz. En la Corte se relaciona con algunos de los principales representantes de la vida cultural y política finisecular, como Emilio Castelar, amigo del escritor e historiador gallego Manuel Murguía y de Emilia Pardo Bazán, fieles colaboradores ambos de las publicaciones del balneario, y con algunas de las figuras más comprometidas con el galleguismo en Madrid, como Basilio Álvarez, o el célebre periodista Alfredo Vicenti, íntimo amigo de Enrique Peinador, y quizá el nexo de unión de los anteriormente citados con Mondariz¹. En estrecha colaboración con los hermanos Peinador, debe señalarse a Isidro Pondal Abente, primer médico director del balneario, al que se refiere Emilia Pardo Bazán en la dedicatoria que deja en el Álbum de Honor. El médico director, como delegado del Gobierno, era la autoridad superior del establecimiento, y se ocupaba no sólo de la parte facultativa, sino de las cuestiones de policía e higiene. Isidro Pondal permanecerá en Mondariz desde 1876 hasta 1917, año en que fallece su amigo Enrique Peinador. Su labor será elogiada por las publicaciones de la época, y por algunos de sus pacientes “de temporada”, como Emilia Pardo Bazán:

¹ Alfredo Vicenti tenía una gran amistad con el matrimonio Murguía. En 1879, cuando abandona su puesto de redactor jefe del *Diario de Santiago* y huye de Galicia, perseguido por el cardenal Payá, Manuel Murguía le ofrece colaborar en la revista decenal *La Ilustración Gallega y Asturiana*. A partir de ciertas actuaciones de Vicenti como introductor en el ambiente artístico e intelectual madrileño de algunos de sus contemporáneos, como Emilia Pardo Bazán, Curros Enríquez o Clarín, su amistad con Murguía se enfría. Desde 1881 colabora en el diario de Emilio Castelar, *El Globo*, hasta que en 1896 pasa a manos del conde Romanones y Vicenti renuncia a su cargo de director. Posteriormente fue jefe de redacción de *El Liberal*, el periódico de mayor circulación de España. Es muy posible que Emilio Castelar visitase el balneario de Mondariz por primera vez en 1883, cuando viaja a Galicia para presidir los Juegos Florales de Vigo, acompañado por Alfredo Vicenti como cronista. Ambos se convierten en clientes asiduos del balneario donde coincidirán mucho veranos, después de que su relación se hubiese deteriorado. DURÁN, J. A. 2001: 20-24.

“... hombre de sagacísima y certera observación, de estudio grave, de experiencia insustituible para esas aguas, en las cuales lleva ejerciendo creo que veinte años. Mi afición a la medicina me ha hecho conocer a muchos doctores ilustres, en cuya conversación encuentro siempre gusto y enseñanza; por eso me he acostumbrado a discernir al médico de alto vuelo, y digo que lo es Isidro Pondal y que merece la frase que el universalmente renombrado Durand Fardel, lumbrera de la ciencia francesa, pronunció en Vichy cuando le enseñé un directorio trazado por otro gran médico español, Pérez Costales: ‘Señora, teniendo en su patria de usted estos doctores, no creo que sea sino galantería el consultarme a mí’ (Pardo Bazán 1899: 33)

Debido al prestigio alcanzado por los avances de la ciencia médica a lo largo del siglo XIX, la figura del médico, identificada con la razón y con una ideología liberal y progresista, aparece con frecuencia en la literatura. Este personaje estará muy presente en la obra de Emilia Pardo Bazán (Doménech 2000: 27), quien declara a menudo su interés por esta ciencia, relacionado, sin duda, con su vinculación al naturalismo. Este interés por la medicina, y por el cuerpo, desde un punto de vista científico, es uno de los rasgos de la cultura decimonónica, y explica, en parte, el éxito de los grandes balnearios. Durante el XIX los médicos tienen tanto poder e influencia en su tarea de preservar la salud de la familia, –su unidad, por lo tanto–, alejándola de las costumbres dañinas, que se convierten en “los nuevos sacerdotes” (Perrot 1988-89: 121), y sus órdenes serán acatadas con sumisión y respeto. Una nueva ciencia de la salud, el Higienismo, afecta a todos los aspectos de la vida, desde el aseo y la alimentación, hasta las costumbres, cuyo adecuado cumplimiento se hacía bajo la supervisión del médico. El Higienismo como valor social, y su relación con la moralidad, se revela en la frecuencia con la que el lenguaje cotidiano del siglo XIX se impregnaba de términos propios de esta rama de la medicina. Emilia Pardo Bazán escribe en 1899:

“Asistir estos días a las sesiones del Parlamento es como presenciar una consulta entre doctores a dos pasos de la cabecera de un enfermo grave. No se oyen mas que apreciaciones de carácter sanitario, médico o higiénico; en el debate abundan las palabras que antes sólo resonarían en las clínicas y en los consultorios. Durante la sesión de anteayer he contado más de cincuenta depuraciones y las regeneraciones no bajarían de sesenta y tres. ¡Depurar, regenerar! Son los verbos de moda actualmente” (Pardo Bazán 1972: 57)

La influencia reconocida de lo físico sobre lo moral determina el valor de la limpieza y el orden. Ante el empeoramiento de las condiciones de habitabilidad urbana causado por la Revolución Industrial, el Higienismo propone la cura de reposo y al aire libre, que encuentra su espacio idóneo

en el balneario de montaña o en los baños de mar. El generalizado discurso sobre la necesidad de la vivienda salubre y de espacios verdes, ensalza las propiedades curativas del contacto con la naturaleza, experiencia que el habitante de las ciudades decimonónicas está preparado para vivir con plenitud. Desde finales del XVIII se vive un cambio de actitud hacia la naturaleza. A la manera de Rousseau en sus *Rêveries d'un promeneur solitaire* (1782), los viajeros dejarán vagar su espíritu para recrearse en la visión del mar o en la experiencia de lo sublime en la montaña, y dotan a sus itinerarios de un valor más hedonista. Según Alain Corbin, “se vuelve mayor la disponibilidad a la sensación y a los mensajes de la cenestesia” (Corbin 1989: 473). Las estaciones termales de montaña se convierten en lugares predilectos para el viajero romántico, generando un subgénero literario dedicado a los “viajes a las aguas”². A lo largo del siglo XIX el contacto con la naturaleza se instrumentaliza, se mercantiliza, y la romántica cultura de los viajeros pronto da lugar al turismo organizado, en buena medida impulsado por el avance del transporte. El término turista es popularizado por Stendhal en *Mémoires d'un touriste* (1833), donde lo define como un individuo de clase alta y eminentemente urbano. Los libros de los viajeros románticos son sustituidos por las más precisas guías, como las de la editorial Baedeker o, posteriormente, la *Guide Michelin* (1900), destinadas a estos turistas que abandonan la ciudad en verano para acudir a los balnearios de moda, equipados con todas las comodidades de la época, donde se traslada la vida mundana cada temporada. La figura del paseante “rousseauiano” y el *flâneur*, o paseante urbano, se funden en el agüista en traje de paseo que deambula por el balneario.

La recuperada costumbre aristocrática de pasar la temporada de verano alejados de la ciudad, pronto será imitada por la burguesía en el siglo XIX. En palabras de Lewis Mumford, los que “encabezaron la marcha de la civilización” (Mumford 1979: 641), desdeñosos del campo, poblado de incultos agricultores o aristócratas decadentes, y alejado de la industria y el comercio, acudirán a él en busca de un espacio saludable, pero, sobre

² La literatura de viajeros de principios de siglo revisten a las estaciones de montaña de los más subjetivos encantos. Este subgénero pronto será desmitificado por autores como Alejandro Dumas (*Impressions de voyage en Suisse*, 1873) o Flaubert (*Voyage en Pyrénées et en Corse*, 1840) que ponen de manifiesto los peores aspectos de las estaciones termales y trazan un crítico perfil de quienes acuden a ellas. JARRASSÉ, D. 1985: 149.

todo, porque el poder evadirse de la ciudad era sinónimo de éxito social y prosperidad económica. El año se divide en temporadas: la de invierno y primavera en la ciudad y la de verano y parte de otoño en el campo. En la mayoría de los casos la burguesía no poseía una vivienda en el campo, de modo que la alquilaban para la temporada, o bien se instalaban en hoteles. Esto favorece la construcción de hospedajes fuera de la ciudad y especialmente de los balnearios, que se convierten en auténticos focos de la vida social. Las revistas de moda ofrecen frecuentes crónicas sobre la “vida balnearia”: “Las aguas son en verano lo que los salones en invierno” afirmaba un diario francés en 1846 (Corbin 1989: 237). El esnobismo que produce la imitación de los hábitos de las clases superiores es un factor decisivo para el éxito del termalismo³. El agüista busca en el balneario la confirmación de su categoría social o su compañía. Esto originaba una curiosa mezcla: miembros de las clases altas, hombres de estado, eclesiásticos, militares, artistas, aventureros, etc., homogeneizados por el balneario donde la burguesía, en palabras de Walter Benjamin “fortifica la conciencia de pertenecer a la clase superior”. Benjamin cita un párrafo de *La vie des eaux* (Paris, 1855) de Félix Mornand, que resume con una precisión implacable este efecto: “En París hay, sin duda, una más amplia masa de gente, pero ninguna tan homogénea como esta; ya que la mayoría de los tristes seres humanos que forman esa masa habrán comido malamente o nada en absoluto... Pero en Baden, no sucede nada parecido: todo el mundo es feliz, puesto que todo el mundo está en Baden”. (Benjamin 1999: 414).

Como afirma Armand Wallon, la vida que se llevaba en los balnearios de finales del siglo XIX y principios del XX era prácticamente similar en todos los países europeos (Wallon 1981: 7). El balneario y el “Gran Hotel” eran espacios predilectos de la sociedad decimonónica, en ellos se albergan reyes, artistas, políticos y otras personalidades, alrededor de las cuales se celebran reuniones políticas, sociales y culturales. Esto contribuyó a que, desde muy pronto, el balneario se convirtiese en el perfecto escenario para todo tipo de *affaires*. Este carácter frívolo y cosmopolita es recogido por la literatura, que no sólo encontró en él una fuente de inspiración, sino que ofrece algunas de las mejores recreaciones de la vida en “las aguas” que complementan la

³ A este perfil corresponde la irónica descripción que W.M. Thackeray hace en *Vanity Fair* (1847-48) de la sociedad mundana de su tiempo. Aunque el retrato más mordaz de la vida en el balneario y de sus agüistas, se debe a las crónicas de los hermanos Edmond y Jules Goncourt de sus estancia en Vichy (1867) y Royat (1869).

información sesgada de las guías turísticas y las publicaciones balnearias. El carácter mundano de este espacio se advierte en el giro que se produce en el siglo XVIII, cuando el poder evocador del balneario ya no reside fundamentalmente en las aguas y en sus virtudes casi milagrosas⁴. A partir de entonces, el balneario se revela como un ambiente especialmente adecuado para todo tipo de intrigas y amoríos⁵. Muchos de los principales escritores del XIX y principios del XX sitúan alguna de sus obras en este escenario, que la mayoría conocía bien⁶. En España, Echegaray, Valle Inclán y Azorín, entre otros, visitaron asiduamente los balnearios, y algunos de ellos recrearon estos espacios de un modo más o menos complaciente. Emilia Pardo Bazán coincidirá con Gaspar Núñez de Arce en el balneario de Mondariz, a cuya enfermedad se referirá la escritora:

“Es un mal terrible el que padece el autor de los *Gritos del combate*: se llama la *melena*, y consiste en vómitos de sangre procedente del estómago. Núñez de Arce presenta este fenómeno patológico por segunda o tercera vez. La primera, hace años, puso ya su vida en inminente riesgo. Salvó y acabó de consolidar la curación en las aguas de Mondariz, para el estómago incomparables. Allí por la mañana, en el paseíto de digestión de la linfa maravillosa, he conversado con Núñez de Arce diariamente, largamente, adquiriendo la convicción de que el sonoro y grandilocuente poeta es un espíritu entristecido, pesimista y tradicionalista” (Pardo Bazán 1972: 115)

⁴ El ejemplo más célebre es la oda *In Thermes Caroli IV* que el humanista Bohuslaw Lobkowitz von Hassenstein dedica a Karlsbad en el siglo XVI, traducida a una treintena de lenguas. SAUVAT, C./ LENNARD, E. 1999: 117.

⁵ *Les Amusements des eaux de Spa* (1734), del barón de Pöllnitz, chambelán del rey de Prusia, que recoge impresiones personales, anécdotas, consejos e historias amorosas, inspiradas en diversos encuentros acaecidos en el lugar, fue uno de los libros más vendidos del XVIII. Su éxito inicia la moda, según el mismo patrón, de *Les Amusements...*, ambientados en diversos balnearios europeos. Esta obra, como *Les Amusements des eaux d'Aix-la-Chapelle*, del mismo autor, recogía impresiones personales, anécdotas, consejos e historias amorosas, inspiradas en diversos encuentros acaecidos en el lugar. El libro fue traducido a varias lenguas y, en 1783 aparece *Nouveaux amusements des eaux de Spa*, una edición revisada, firmada por el médico Jean Philippe de Limbourg, en la que incluye una lista con más de un centenar de agüista célebres. JARRASSÉ, D. 1985: 147.

⁶ Entre ellos podemos destacar a Goethe (*Marienbänder Elegie en Trilogie der Leidenschaft*, 1826) George Sand (*Mademoiselle de La Quintinie*, 1863), Jane Austen (*Northanger Abbey*, 1818), E.T.A. Hoffmann (*Spielerglück*, 1820), Walter Scott (*Les Eaux de Saint-Ronan*, 1824), Balzac (*La peau de chagrin*, 1831), Dostoievski (*El jugador*, 1866), Maupassant (*Mont Oriol*, 1887), Colette (*Claudine s'en va*, 1903) Katherine Mansfield (*In a German Pension*, 1911) Proust (*À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, 1918) y Arthur Schnitzler (*Freiwald*, 1912, *Die Schwestern*, 1910 y, muy especialmente, *Das Weite Land*, 1910, ambientada en el Baden austriaco, Baden bei Wein).

La escritora afirma en 1888, que al balneario de Mondariz acude “la flor y la nata de España y Portugal” (Pardo Bazán 1888: 2). Esta clase de clientela refuerza el proyecto de los Peinador, y el balneario pronto sofisticaba sus instalaciones. Los servicios básicos de alojamiento y tratamiento de los primeros años deben ajustarse al creciente nivel social de los agüistas. Esto se convierte en una necesidad imperiosa con las visitas de miembros de la Casa Real portuguesa, reseñadas en la prensa⁷. Como en casi todos los balnearios europeos, la presencia de miembros de la realeza fue una importante promoción para el balneario: “El anuncio de la visita del infante portugués D. Augusto de Bragança contribuyó al rápido crecimiento de Mondariz, y en menos de tres años surgió el balneario, con maravillosos parques y espléndido confort” (Filgueira Valverde 1931: 85). La función del balneario deja de ser a finales de la década de los ochenta la de un modesto establecimiento termal que ofrecía cura y reposo, para convertirse en un establecimiento al que acudía una selecta sociedad en busca de un albergue de calidad y alternativas de ocio. Una década después de su primera visita al balneario, Emilia Pardo Bazán escribe:

“Mondariz no es, cual otros balnearios que he visto, una construcción aislada entre montañas ásperas, abruptas rocas y en una especie de desierto: es un palacio situado en un oasis salpicado de habitaciones humanas que, andando el tiempo y si la bonanza continúa, llegarán a constituir como en Carlsbad, como en Vichy, una población compacta, caprichosamente apiñada, con una red de calles de pintoresca irregularidad” (Pardo Bazán 1899: 31).

En estos años, el balneario de Mondariz ha adquirido unas funciones y un uso que lo diferencian netamente del pequeño establecimiento rural que había conocido la escritora. La inauguración del Gran Hotel en 1898, y otros grandes proyectos emprendidos por los Peinador en el cambio de siglo, como el tranvía Mondariz-Vigo, la granja y las instalaciones de ocio en la cercana finca de Pías –donde crean el primer museo etnográfico de Galicia– o la ampliación del establecimiento, apoyan el empeño de convertir a Mondariz en un centro termal de referencia. Las instalaciones y servicios de lujo del Gran Hotel que, según Emilia Pardo Bazán, rayaban en “lo excesivo”, lo

⁷ “El propietario del Gran Hotel de Mondariz, D. Enrique Peinador, ha recibido una carta de la Casa Real portuguesa preguntándole si el Gran Hotel está en condiciones para alojamiento del rey de Portugal D. Luis. El infante Augusto no llegará al balneario hasta el 1º de julio próximo”, (*La Voz de Galicia*, 20 de junio de 1888).

convertían en “el más suntuoso de la Península” (Pardo Bazán 1899: 31). Será en la segunda década del siglo XX, con Enrique Peinador hijo como director del establecimiento desde 1907, cuando el balneario de Mondariz revele una firme voluntad de definir una identidad independiente, ya no sólo como empresa sino como población. En palabras de Ramón Otero Pedrayo, “el desarrollo de la villa balnearia obligó a la formación de un nuevo municipio” (Otero Pedrayo 1945: 308). Es en estos años, cuando el arquitecto Antonio Palacios, amigo de Enrique Peinador Lines, y que ya entonces había alcanzado gran popularidad con el edificio de Correos de Madrid, toma parte activa en la ampliación y en la nueva configuración del balneario. Antonio Palacios se ocupa de la remodelación de la fuente de Gándara (1908-26), nuevo icono del lugar, y de la Fuente de Troncoso (1908), así como de la construcción del edificio de Comunicaciones postales y Dirección Médica (1912), del nuevo Hotel-Sanatorio (1909) y del edificio a modo de pasaje comercial denominado “La Baranda” (1915-1926), donde se encuentra el balneario actual. Estos edificios y, especialmente, la actividad comercial que introduce “La Baranda”, amplifican el carácter social y urbano que reviste el lugar desde la construcción del Gran Hotel. En las primeras décadas de siglo el modesto establecimiento al que acudían numerosos bañistas a finales del XIX, se convierte en un espacio con un marcado carácter urbano y monumental, a la medida de las clases que lo habitan. Además, el balneario asume un papel protagonista en el activo panorama cultural y político de principios de siglo y se convierte en un centro irradiador de cultura, donde se celebran diversos actos de afirmación galleguista, como la recepción de los nuevos miembros de la Real Academia Gallega, Ramón Cabanillas y Antonio Rey Soto, los días 30 y 31 de agosto de 1920, que concluye con un homenaje a Murguía el 1 de septiembre. La progresiva autonomía del balneario culmina en la segregación del municipio de Mondariz-Balneario del de Mondariz el 30 de noviembre de 1924, confirmada en Real Decreto de 10 de enero de 1925.

LA IMAGEN DEL BALNEARIO EN LOS TEXTOS DE EMILIA PARDO BAZÁN

Al igual que la mayoría de los grandes balnearios decimonónicos, Mondariz pone en marcha sus recursos para construir una identidad que responde al deseo de convertirse en un espacio atractivo y diferente a otros balnearios, en principio por motivos económicos y sociales que, al crecer y convertirse en un centro activo, pronto se convierten en políticos. La formación de una identidad implica un proceso de auto-representación que recurre a varios medios a través de los cuales es expuesta, y que en Mondariz

son, fundamentalmente, las publicaciones y la arquitectura. El hecho de que Mondariz sea uno de los destinos elegidos por las guías de viajes y las principales publicaciones gallegas y nacionales, consolida su imagen y el éxito de la empresa. Las publicaciones generadas por el propio balneario generan expectativas y futuros visitantes, presentando una determinada imagen de lo que allí acontece a través de las ilustraciones y de los textos. El balneario tenía su propia imprenta, de la que salía todos los domingos, durante los meses de temporada, un semanario titulado precisamente así, *La Temporada en Mondariz*, que se repartía gratuitamente a los agüistas. Dirigida por el escritor Ramón Cabanillas desde 1922, el primer número corresponde a la temprana fecha de 1889, y dejará de publicarse en la temporada de 1931, la última en que la empresa pertenece íntegramente a la familia Peinador. Además de los numerosos artículos de especialistas en hidrología y catedráticos en medicina, tanto españoles como portugueses, cabe mencionar las colaboraciones de autores como Manuel Murguía, Alfredo Vicenti, el historiador pontevedrés Celso García de la Riega, o Francisco Camba “El Hidalgo de Tor” (hermano de Julio Camba), entre otros muchos. También Emilia Pardo Bazán dejará algunos artículos en *La Temporada*, en su suplemento, la revista *Mondariz* (1915-1922), y en otras publicaciones del balneario como el *Álbum-Guía de Mondariz* (1899), impreso en el establecimiento tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra” (impresores de la Real Casa) en Madrid, con edición a cargo Alfredo Vicenti⁸, y el volumen titulado *Mondariz, Vigo, Santiago. Guía del turista* (1912), también traducido al inglés, que sigue el modelo del Baedeker, paradigma de este tipo de publicaciones⁹.

Las publicaciones, que son el principal medio que los Peinador utilizan para expresar sus intenciones respecto a la configuración del balneario, revelan el modo en que el establecimiento desea ser visto. Éstas se ocupan de comunicar una “idea de balneario” que consiste en un espacio marcadamente elitista, destinado a un “consumidor” urbano de clase media-alta, cuya principal “razón de ser” consiste en el cuidado de la salud a través de las aguas y del contacto con la naturaleza, siendo, al mismo tiempo, un lugar dotado

⁸ En esta publicación, además del propio Vicenti y Emilia Pardo Bazán, colaboraron, entre otros: Vital Aza, Echegaray, Emilio Castelar, Celso García de la Riega, Antonio Grilo, Gaspar Núñez de Arce, Isaac Peral, y el portugués duque de Loulé, descendiente por línea directa de las casas de Borbón y de Bragança. “Mondariz y la colonia portuguesa” en *Las aguas de Mondariz* Álbum-Guía, 1899: 59.

⁹ Junto a la Condesa, escriben autores como el propio Enrique Peinador Lines, Alfredo Vicenti, Manuel Murguía, Celso García de la Riega, y Casto Sanpedro.

de lo mejor que ha producido la civilización y el progreso. Si, como afirma Edgar Morin, “el rostro de un país tal como aparece en las guías turísticas es literalmente fantástico” al ser “despojado de su sociología al beneficio de su etnología, de su arqueología de su folklore y sus rarezas” (Rouillard 1984: 46), la guía de un establecimiento es todavía más fantástica, y presenta una imagen totalmente manipulada e ideologizada. Las publicaciones del balneario de Mondariz, ajustándose al deseo de legitimación del modo de vida balnearia, pretenden exhibir un modelo “fantasmagórico”, en el sentido benjaminiano¹⁰, ya que difícilmente sería posible un mundo más ficticio que el de una villa balnearia, hecha a la medida de los deseos del hombre de clase media-alta, al que se le ofrecen “los beneficios de una insuperable medicación hidrológica, las ventajas de una instalación soberbia, los goces de una sociedad cultísima, los refinamientos de la industria y del arte y los atractivos de una privilegiada naturaleza”¹¹. Los textos que describen el establecimiento, a modo de guías, proclaman las maravillas que allí encontrará el viajero, intercalando en su narración los nuevos proyectos que contempla el desarrollo del balneario. De manera que no sólo actúan como reclamo publicitario, sino que también alimentan el imaginario sobre el modo en que el espacio balneario se desarrollará en el futuro.

Los Peinador desean hacer de Mondariz un gran balneario, y trazan una línea de desarrollo que oriente su establecimiento hacia un tipo de termalismo determinado: un termalismo de élite. El balneario, que, ante todo, es una mercancía, debe ofrecer una imagen adecuada al consumidor que desean atraer. Así, a pesar de la modestia de las primeras instalaciones, Mondariz tuvo prácticamente desde su origen una destacada clientela. Ya en 1888, cuando apenas contaba con una sencilla fonda, Emilia Pardo Bazán identificaba Mondariz con la moderna alternativa a los “regios monasterios en que se realizaba el ideal de Fray Luis de León, de vida ritma y contemplativa”, al que acude un selecto sector de la sociedad:

“Los males que aquí se curan ó atajan no fueron contraídos ni en orgiásticas cenas, ni en la estúpida embriaguez del vicio, sino en los hábitos sedentarios del bufete, en el desgaste que produce la fiebre creadora en el silencio de la biblioteca ó en el rumoroso hemiciclo del Parlamento. A Mondariz se viene á purgar el pecado de haber subido... ó de haberlo intentado siquiera” (Pardo Bazán 1888: 2)

¹⁰ Término con el que Walter Benjamin alude a las “imágenes mágicas” o “símbolos de deseo” creados por el siglo XIX (Benjamin 1999: 14).

¹¹ “Epílogo” en *Las aguas de Mondariz*. Album-Guía. 1899: 80.

El aumento de la concurrencia en los primeros años se debe tanto a la creciente popularidad de las aguas embotelladas como a las buenas relaciones de Enrique Peinador en Madrid, como prueba el hecho de que diez años antes de la creación del Gran Hotel, el Álbum de Honor del establecimiento, inaugurado en 1886 con una dedicatoria del político republicano y krausista Nicolás Salmerón, reuniese un considerable número de célebres firmas, que se suman a la de la propia Emilia Pardo Bazán, como la del Primer marqués de Estella, Fernando Primo de Rivera (25 de septiembre de 1887), Juan de Monasterio (16 de agosto de 1887), Gaspar Nuñez de Arce (25 de agosto de 1888), Vital Aza (julio 1888), Carlos Arniches (agosto 1891) o Emilio Castelar (6 de septiembre de 1892), entre otros miembros de la realeza y la aristocracia española y portuguesa, como la condesa de Edla, Elisa Hensler, mujer de D. Fernando II de Portugal, que visita el balneario en 1887 y 1888 con su hijastro el infante de Portugal, D. Augusto de Bragança. Las firmas del Álbum de honor, puntualmente publicadas en *La Temporada*, así como los agüistas mencionados en el semanario, representan un selecto porcentaje de los clientes del balneario. Su divulgación acota la identidad social del establecimiento y el Álbum, especialmente, servirá para establecer una identificación entre “las mentes privilegiadas que lo componen” y las intenciones de los propietarios del balneario, convirtiendo este libro en:

“síntesis de su preocupación continua por elevar los niveles artísticos y espirituales [...] colección inmensa de pensamientos y de expresión de emociones, frutos de mentes esclarecidas, de agudos ingenios, de intensos sentidores, pertenecientes a todos los países de la tierra. Es el álbum de Mondariz testimonio vivo y palpitante de cómo eminentes personalidades en la política, la literatura, el arte, la ciencia, el clero y la milicia han sentido la influencia bienhechora de esta agua y este clima y han gustado la emoción estética de esta tierra bendecida”¹².

Algunos cronistas afirmaban que “el amor que le tienen los portugueses” y “la predilección con que a él acuden los intelectuales” (J.R.C. 1905: 535), eran los dos rasgos esenciales del balneario de Mondariz. Inaugurado el Gran Hotel, *La Temporada* afirmaba que la mayoría de los agüistas procedían de “grandes centros de población, en donde el predominio de la vida intelectual suele alterar el funcionamiento de la vida orgánica y pertenecen en su mayor parte a las clases acomodadas y cultas. Están pues acostumbrados a la comodidad”¹³. Las publicaciones del balneario confirman el perfil urbano

¹² “Mondariz en sus bodas de oro”. *La Temporada*, 1923, nº 2.

¹³ “Mondariz y las industrias auxiliares”. *La Temporada*, 1898, nº 2.

de la mayoría de los usuarios de este tipo de establecimientos, y difunden el agüista tipo que desean atraer, incidiendo en la idoneidad del balneario en el campo como lugar privilegiado para que las acomodadas clases urbanas recuperen la salud:

“A Mondariz, milagroso para el estómago, afluyen nuestros ‘ilustres enfermos’, los descalabrados de las letras, de la política y del arte. Si deseáis conocer, sorprender en su vida diaria a los escritores españoles del renombre, a los políticos de talla, á Mondariz. Por allí ha desfilado en pocos años lo escogido de la *inteligencia* española” (Pardo Bazán 1899: 30-3)

El balneario decimonónico se construye a la medida del deseo de las clases privilegiadas, grupo marcado por unas necesidades y unas costumbres muy definidas. La mayor parte de los agüistas pertenecen a la aristocracia y la alta burguesía, que ante todo demandaba orden, seguridad, y alternativas de ocio equiparables a sus elegantes costumbres urbanas. Los comportamientos que regían la vida de esta clase social serán cuidadosamente contemplados en el diseño del balneario. Uno de los requisitos que una clientela distinguida exigía a las aguas termales era su “conveniencia”. Como afirma Emilia Pardo Bazán, algunas estaban socialmente mejor consideradas que otras:

“...entre las aguas minerales las hay que es honroso beber, y las hay que es sospechoso y denigrante... No he de especificar estas últimas, líbreme Dios, por lo mismo que su nombre, virtudes y efectos están en la memoria y en la mente de todos; pero al frente de las primeras, de las que *viste bien* tomar y necesitar, figuran las *bicarbonatado-sódicas* –Vichy, Mondariz–. Sin afirmar que sólo acuda a estas fuentes la gente de entendimiento, de verdadera actividad cerebral y de alta cultura, digo que en ellas siempre la he visto en mayoría” (Pardo Bazán 1899: 30)

La escritora ofrece una imagen del balneario que ilustra los rasgos generales que desean difundir sus propietarios, principalmente en lo que respecta a la calidad de su paisaje, de sus instalaciones y de sus agüistas, sin embargo, esto no le impedirá mencionar algunos de los aspectos menos agradables de la vida en las aguas. Aunque sus comentarios estarán lejos de la mordacidad de los hermanos Goncourt cuando se refieren a sus estancias en los balnearios de Vichy y de Royat, la escritora muestra sus dotes de observadora crítica en ciertas alusiones a algunos de los hábitos más hipócritas y conservadores de la sociedad de su tiempo. Por ejemplo, el hecho de que el recurso a la caridad para organizar cualquier evento festivo al margen de las “normativas” veladas musicales, fuese un requisito casi indispensable en Mondariz. En estas manifestaciones de lo que Emilia Pardo Bazán denominó “caridad danzante” (Pardo Bazán 1972: 259), se percibe la ambigüedad de este tipo

de espacios generados por los valores de la sociedad que lo habita. Otra escritora, la inglesa Rachel Challice, en un artículo publicado en la revista catalana *Feminal*, basado en sus observaciones de la vida en Mondariz, manifiesta su sorpresa por la educación “completamente equivocada” de la mujer española, privada de libertad y cuya única ocupación permitida se reduce a las intrigas y noviazgos “efímeros, ridículos o dolorosos...”¹⁴. El rechazo a esta mojigatería, que pretende disfrazar con austera compostura las diversiones más frívolas, asoma en algunas alusiones de Emilia Pardo Bazán: “El que quiere sociedad la encuentra á todo momento y el que desea evitar la promiscuidad algo pegajosa de los balnearios, tiene espacio por donde extender sus paseos y esparcimientos, sin tropezar con nadie más que con su propia sombra” (Pardo Bazán 1899: 33). Asimismo, se hará eco de una de las quejas habituales de los clientes y de los propietarios del balneario, sobre el descuido del Ayuntamiento en cuestiones de policía, concretamente, de la cantidad de mendigos que rodeaban el balneario: “De ellos está infestado aquel hermoso lugar: en doble fila acometen al que baja a la fuente de Troncoso, con plañideros relatos y postulación encarnizada” (Pardo Bazán 1899: 33).

Tras el punto de inflexión que supuso la construcción del Gran Hotel, respaldados por la buena comercialización de las aguas, la creciente afluencia de agüistas y el nuevo estatus del establecimiento, los Peinador se lanzan abiertamente a la creación de una identidad y a la génesis de una imagen de lugar. En lo que respecta a la articulación de su identidad se puede establecer una primera diferenciación básica: el balneario como empresa tiene un referente asentado, europeo y mundano, que recurre al paisaje y cultura locales como atractivos turísticos; y el balneario como núcleo de población, que adquiere progresivamente mayor protagonismo, se erige como centro de cultura y civilización, desarrollando sus signos de identidad, ya no sólo como imagen de marca, sino como una población que desea consolidarse. En términos generales podría afirmarse que Mondariz esgrime dos identidades, en cierto modo contradictorias, lo que da lugar a un binomio formado por términos aparentemente opuestos, y constata la complejidad del fenómeno balneario, motivado en este caso por la necesidad de adaptar un producto “estereotipado” a una realidad muy concreta. Mondariz se identifica con el modelo cosmopolita de los balnearios europeos, mientras que, por otro lado, despliega una clara identidad gallega e incluso local. Por una parte, se trata

¹⁴ Rachel Challice: “Correspondencia inglesa. Impressions”, *Feminal*, Barcelona.

de ofrecer la imagen de una villa próspera y moderna transformada por la civilización y el progreso, traído de la mano de su fundador, Enrique Peinador Vela, representación que comparte rasgos comunes a otras villas balnearias europeas. Pero, también existe en Mondariz una fuerte voluntad no sólo de no mantenerse al margen del flujo de la historia, implicándose en el ambiente cultural y político gallego, sino de crear una identidad y una autonomía que desemboca en la creación de un municipio.

La imagen del balneario empieza por la de su formación, la narración de su construcción. Como ha señalado Dominique Rouillard en su estudio sobre balnearios de mar franceses, uno de los rasgos generales de estas narraciones es la rapidez con la que se desarrolla la nueva villa balnearia. Goethe comparó el espectacular crecimiento de la pequeña ciudad de Marienbad con el de las ciudades “champiñón” americanas impulsadas por la fe de sus habitantes: “Después de tres años, se ha convertido en algo realmente serio, en los tres próximos años, veremos auténticos milagros” (Sauvat/ Lennard 1999: 105)¹⁵, escribe a su hijo en 1821, tres años después de que Marienbad fuera reconocida como estación termal pública. Esta enérgica actividad se vincula con la imagen de modernidad, dinamismo y eficacia de la era del capitalismo y la industria. Todas las narraciones que se refieren a su nacimiento parecen tomar prestados los “signos de la narratividad” del cuento de fantasía, donde más que ofrecer un relato racional y detallado del surgimiento y desarrollo de la villa, se trata como una especie de milagro, una metamorfosis. Emilia Pardo Bazán, asombrada por el rápido desarrollo que había alcanzado el balneario en pocos años, lo propone como ejemplo ante una España aturdida por el desastre del 98 y sus nefastos efectos en la economía:

“Es consolador, y sobre todo desde nuestros infortunios, que algo *nuestro* marche y prospere. ¿Cómo no ha de regocijarnos que se cree inmensa riqueza donde vimos un yermo? Mondariz es lo contrario de España: ésta fue ayer poderosa, gloriosa, envidiada..., y lo que necesita es ser hoy económica, laboriosa, aprovechada, racional” (Pardo Bazán 1899: 33)

En Mondariz el momento clave de su desarrollo lo marca la construcción del Gran Hotel. El carácter mundano y lujoso de sus instalaciones certifican su identificación como lugar del progreso. La mayor parte de las postales,

¹⁵ “Depuis trois ans, c’est devenu vraiment sérieux, dans les trois prochaines années, on va vraiment voir des miracles”. Cit. en Sauvat, C./ Lennard, E. 1999: 105.

fotografías y grabados de las guías y publicaciones del balneario muestran los edificios que componían el establecimiento y, muy especialmente, el exterior e interior del Gran Hotel. Este edificio se convierte en su definitiva imagen emblemática. A partir de su construcción, adquieren el convencimiento de haber insertado a Mondariz en el circuito de los grandes balnearios europeos. Este elemento cambiará la percepción del lugar, transformado por “la ciencia, el arte y la industria”, es decir, por la civilización:

“Peinador ha gastado pródigamente, al erigir el soberbio hotel, en muchas cosas que son puro lujo y poesía, y que tienen algo de lo excesivo que Bourget nota en la civilización de los Estados Unidos: a este orden de gastos de imaginación corresponde la artística escalera del hotel, un modelo de suma elegancia, dibujado *ad hoc*; la ya construida *serre* de orquídeas, que el vapor del agua tibia se encargará de desarrollar; el espléndido decorado de comedor, las bellas terrazas, el salón con su teatro, la ornamentación del capilla, la riqueza del mobiliario, la claridad y elevación de las estancias y los cuartos de baño, el primor de ciertos servicios que nada cuestan al huésped y le causan ilusión de residir en un palacio *princier*, y otros refinamientos que no sé si en España podrán encontrarse” (Pardo Bazán 1899: 31)

La exaltación de la figura del descubridor-promotor era una constante en las villas balnearias creadas *ex-novo*. Su imagen se identifica con la de una especie de visionario capaz de percibir todo lo que se puede hacer en un lugar alejado de la civilización. Aunque, en ocasiones, se aludía a la labor de ambos hermanos, desde muy pronto Enrique Peinador Vela, descubridor del manantial de Gándara y gerente del establecimiento hasta 1907, se convierte en el principal protagonista. La figura del fundador de una villa balnearia se corresponde con la del demiurgo platónico, constructor y organizador de su propio mundo. El hecho de que una sola persona haya creado una villa termal, un núcleo vivo y productivo, con la única ayuda de su esfuerzo y la confianza en su trabajo, tiene un gran atractivo para el hombre de finales del XIX. La imagen del colonizador, de hombre emprendedor completa la del empresario decidido y clarividente. La idea de la “sociedad industrial” preside la España de la Restauración, en la que el hombre de empresa despierta una gran admiración. Se establecía una relación directa entre propiedad e inteligencia, principio ideológico del sistema, “porque según la supuesta y mirífica armonía preestablecida sobre la que descansa el liberalismo conservador, los hombres inteligentes, trabajadores y buenos administradores son siempre los que conquistan la propiedad” (Aranguren 1982: 80). El éxito de la empresa no se concibe sin la figura de Enrique Peinador, que cobra un protagonismo muy acorde con la valoración del individuo propia del capitalismo industrial:

“Tanta riqueza, tanta vida, la ha creado principalmente un hombre de modestos recursos, que empezó son disponer de capitales, pero que rebosaba inteligencia y energía: Enrique Peinador –de quien no escribo esto porque le profeso amistad, sino a quien precisamente profeso amistad por haber hecho esto–. Si en España existiesen muchos, muchos espíritus emprendedores y dotados de la *imaginación de lo real* que posee Enrique Peinador, no nos veríamos hoy en el caso de envidiar las condiciones prácticas de la raza que nos ha opuesto en la garganta el pie. Enrique Peinador no es exclusivamente un industrial, aunque su empresa constituye tan lucrativa y floreciente industria [...] en este positivo negocio de las aguas de Mondariz, ve más allá del negocio: ve la prosperidad de una región; ve a los extranjeros afluyendo a Galicia, descubriendo sus bellezas, trayendo aquí progresos y bienes; ve la superioridad de España sobre Francia en cuanto estas fuentes se dejen atrás a las de Vichy, y ve el bienestar de la mejoría difundida entre los miles de personas que pagan anual tributo a las náyades de Troncoso y de la Gándara. Y porque ve todo lo que digo, Peinador ha gastado todo pródigamente. Al erigir el soberbio hotel, en muchas cosas que son puro lujo y poesía, y que tiene algo de lo excesivo que Bourget nota en la civilización de los Estados Unidos” (Pardo Bazán 1899: 31)

Sus enormes y costosos esfuerzos inspiran una de las habituales imágenes de la época para definir el paradigma del hombre moderno y emprendedor, el *self-made man* americano, es decir, la heroica imagen del hombre hecho a sí mismo. Alfredo Vicenti o Emilia Pardo Bazán, entre otros, recurrieron a esta imagen del “gallego-yankee”¹⁶:

“Para completar la silueta del creador de Mondariz añadiré que en vez de aguardar a que le construya el gobierno el trozo de ferrocarril que necesita para llevar cómodamente a los viajeros desde Salvatierra hasta el balneario, se le ha ocurrido lo que se le ocurriría a un *yankee* (con paz sea dicho): construir él mismo el ferrocarril, explotarlo él mismo..., y la ayuda del Gobierno que la esperen cruzados de brazos los apocados y los débiles” (Pardo Bazán 1899: 31)

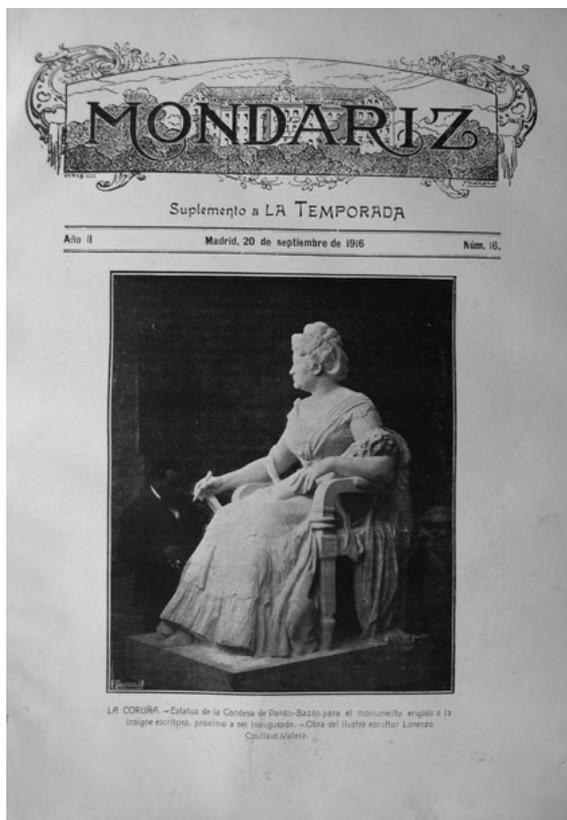
La muerte de Enrique Peinador Vela en 1917, contribuye a la crisis que envolverá al balneario en los años veinte. Curiosamente, existe cierto paralelismo entre los años de desarrollo y esplendor del balneario de Mondariz, que, al igual que la obra literaria de Emilia Pardo Bazán, coinciden con los años de la Restauración alfonsina, y la decadencia de ambos. Un artículo de Vicente Aleixandre, publicado en 1956, en el que rememora su encuentro con la escritora en el balneario durante la temporada de 1920, ofrece una imagen reveladora del ocaso de ambos:

¹⁶ Alfredo Vicenti (1917): “A Enrique Peinador”, *Mondariz*, nº 28, pág. 567.

“Era en aquel Balneario de Mondariz; un rincón de Galicia. ¿Te acuerdas de ese año? Sí: 1920. Verano de 1920. Faltaban sólo unos meses para que doña Emilia desapareciese. No lo podía saber aquel joven de veinte años que la contemplaba.

Balneario de Mondariz: el Palacio de las Aguas Medicinales de fin de siglo. Cuando yo lo ví tiempo hacía que había entrado en grave decadencia. Pero aún arrastraba sus brillos elegantemente marchitos (...)

El joven descendía tres o cuatro escalones, y veía allí en la explanada del Parque, justamente a la derecha, delante de la imponente fachada, un grupo, o, mejor un corro. Sillas verdes, de metal; algún banco verde, de madera. Señoras, caballeros. Se fué acercando. La rueda parecía presidida por alguien. Adelantó la cabeza y allí la vió: sentada, mejor, aprisionada, contenida, rebosada en el gran sillón de mimbre, una vieja señora. ¿Una vieja señora o un ídolo? Porque allí, inmóvil, rodeada del corro de sus fieles absortos, tenía algo de ídolo. O quizá de lo que lo tuviera todo es de sombra” (Aleixandre 1956: 37-38).



Portada de *Mondariz*. *Suplemento a La Temporada*, núm. 16, 20/9/1916. BRAG.

BIBLIOGRAFÍA*

Aleixandre, Vicente (1956): "Evocaciones Españolas. Doña Emilia Pardo-Bazán, en el Balneario", *Asomante*, Universidad de Puerto Rico, nº 1, pp 37-39.

Aranguren, José Luis (1982): *Moral y sociedad. La moral española en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

Benjamin, Walter (1999): *The Arcades Project*. USA, Belknap/Harvard University Press.

Corbin, Alain (1989): "Entre bastidores" en Duby, Georges/Ariès, Philippe (dir.): *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid, Taurus.

Doménech Montagut, Asunción (2000): *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, Colección Interciencias.

Durán, José Antonio (2001): *Alfredo Vicenti. "El maestro" del periodismo español (Santiago 1850 - Madrid 1916)*. Madrid, Asociación de la Prensa de Madrid/ Taller de Ediciós J.A. Durán.

Filgueira Valverde, José (1931): *Guía de Pontevedra*, Pontevedra, Ed. Álvarez Gallego.

Jarrassé, Dominique (1985): "Poétique de la ville d'eaux" en Grenier, Lise: *Villes d'eaux en France*, Paris, Institut Français d'Architecture, pp. 144-166.

Jarrassé, Dominique (1999): "Los salones de Europa. Balnearios y literatura" en Moldovenau, M. (Coord.): *Ciudades termales en Europa*, Barcelona, Ed. Lunweg, Thermaios, pp. 23-29.

J.R.C (1905): "Los grandes balnearios de España: Mondariz". *Revista comercial Ibero-Americana*.

Kirshenblatt-Gimblett, Barbara (1995): "Theorizing Heritage", *Ethnomusicology*, Vol 39, nº 3, pp. 367-379.

Mumford, Lewis (1979): *La ciudad en la historia*, B. Aires, Ed. Infinito.

Otero Pedrayo, Ramón (1945): *Guía de Galicia*, Santiago, Sucesores de Galí. 2ª ed.

Pardo Bazán, Emilia (1888): "Mondariz (para el álbum del señor Peinador)". *Galicia Moderna. Semanario de intereses generales*, La Habana, 1888, año IV, nº 182, p.2.

* Incluye únicamente la bibliografía citada, excepto artículos de prensa y publicaciones periódicas, entre ellas las del balneario, *La Temporada* y *Mondariz*, cuya referencia completa está en las notas al pie.

Pardo Bazán, Emilia (1899): “La vida contemporánea. Mondariz”: *Las aguas de Mondariz, Álbum-Guía*, Madrid, Suc. de Rivadeneyra. [Artículo publicado originalmente en *La Ilustración Artística*. Barcelona, 22 de agosto de 1898].

Pardo Bazán, Emilia (1919): *Un viaje de novios*, Madrid, Editorial Pueyo.

Pardo Bazán, Emilia (1972): “Un libro de Rubén Darío sobre España. La enfermedad de Núñez de Arce”, *La vida contemporánea (1896-1915)*, Madrid, Ed. Novelas y Cuentos, pp. 110-117.

Pardo Bazán, Emilia (1972): “Título de condesa. Diversiones. Automóviles. Francisco Coppee”, *La vida contemporánea (1896-1915)*, Madrid, Ed. Novelas y Cuentos, pp. 258-264.

Pardo Bazán, Emilia (1972): “La música de Wagner. Las Cortes”, *La vida contemporánea (1896-1915)*, Madrid, Ed. Novelas y Cuentos, pp. 54-60.

Perrot, Michelle (1988-89): “Se levanta el telón” en Duby, Georges/Ariès, Philippe (dir.) *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, vol. IV. Madrid, Taurus.

Pintos Reino, Camilo (1923): *Memoria del establecimiento Creno-climático de Mondariz por el médico director de aguas y Baños Minero-Medicinales, por oposición Camilo Pintos Reino*. Imp. La Comercial.

Rouillard, Dominique (1984): *Le site balnéaire*, Liège, Pierre Mardaga, éd.

Sauvat, Catherine/ Lennard, Erica (1999): *Villes d’eaux en Europe*, Hachette Livre-Éditions du Chêne.

Schall, C. (1994): “Royat et le thermalisme (1850-1939)” en Congrès National des Sociétés Savantes (117°. 1992. Clermont-Ferrand) *Villes d’eaux. Histoire du thermalisme*, Paris, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques (CTHS), pp. 165-75.

Wallon, Armand (1981): *La Vie quotidienne dans les villes d’eaux: 1850-1914*. Paris, Hachette.